

presentan a los actores y las principales tendencias que se manifiestan. En un segundo término procede a identificar determinados "hechos históricos" que a manera de indicadores son utilizados para validar el escenario construido. Aun cuando reconocemos que para investigar esta área no es posible utilizar métodos más ortodoxos, el método utilizado por Pease presenta algunas dificultades. En primer lugar, el escenario es construido en base a determinados hechos históricos y, a su vez, éstos son utilizados para validarlo: dependiendo de cuáles hechos se escojan, es posible construir escenarios diferentes y validarlos a su vez. En segundo lugar, Pease toma aquellos hechos históricos en base a su ocurrencia y al impacto que se les atribuye, cuando la no ocurrencia de algún hecho puede ser a veces más significativa de la dinámica política. Por último, es necesario que el hecho histórico sea realmente un indicador del escenario que se pretende validar y, en este sentido, Pease no presenta claramente la relación entre el hecho histórico y su apreciación de la lucha en la escena oficial.

En la tercera parte del libro, Pease ofrece algunas notas preliminares sobre el Estado y el régimen político. En el capítulo V, analiza las reformas en la estructura de propiedad y cómo éstas afectaron a diferentes clases y a sus fracciones así como el proceso de redefinición coyuntural de relaciones con el capital imperialista; y presenta un corto análisis de los beneficiarios del proceso.

En el último capítulo del libro se ofrece al lector una aproximación al "régimen político de la primera fase", que no pretende ser un planteamiento exhaustivo, sino la "presentación de algunas características que se evidencian a partir de la observación política", pero suficientes, según el autor, para plantear a nivel de hipótesis el hecho de que se han producido cambios substanciales en el régimen político del Perú.

Cierra el libro una exhaustiva bibliografía elaborada por Clemen-cia Galindo de Jaworski sobre el proceso político peruano 1968-1977, en base a las bibliografías preparadas por Guido Soenens, publicada en la revista *Apuntes*; y por Francisco Guerra García, "El peruano: un proceso abierto" y "Notas para un estudio del régimen político peruano".

Luis Abugattas

### "LAS PALABRAS Y LAS COSAS"

Michel Foucault.

Siglo XXI, México, 1974.

(Les mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines, Paris, 1966).

Las "ciencias humanas" son ciencias empíricas, que tratan del hombre en cuanto trabaja, vive y habla. No son propiamente ni la economía, ni la biología, ni la lingüística, sino una proyección de las mismas en la vida del hombre en el punto de intersección con el psicoanálisis y la etnología. Consisten en el modo con el cual el hombre moderno, informado por la economía, por la biología, por la lingüística, la etnología y el psicoanálisis, se representa a sí mismo en su simplicidad. ¿De dónde provienen y qué consistencia poseen? ¿Cómo ha sucedido que el hombre se represente hoy según la información recibida por las ciencias humanas? Estas son preguntas que Michel Foucault se pone en una obra que ha tenido un suceso clamoroso y que pasa por ser la más importante del estructuralismo francés. Para dar una respuesta válida al problema, el autor debe practicar el oficio de arqueólogo, indagando con el método del análisis estructural cómo se han construido y constituido las ciencias humanas que definen al hombre moderno. Según el referido método, la llave para entender las varias estructuras culturales reside, como lo indica el título de la obra, en el modo con el cual es diversamente interpretada, en las diversas épocas, la relación entre las palabras y las cosas. Cada época, pues, tendrá su propio "código

ordenador", su a priori histórico, que determinará la configuración de todo el saber; cambiando el cual, todo cambiará. Existirán, luego, diversos sistemas culturales, que se superpondrán los unos a los otros y que se sucederán por discontinuidad, sin tener nada en común entre ellos; como diversos estratos arqueológicos. De tal modo, el autor provoca, naturalmente, un cúmulo inmenso de problemas que convulsiona toda interpretación del hombre y de la historia.

La excavación arqueológica comienza a partir del Renacimiento: una cultura bajo el signo de la semejanza, en la cual el lenguaje es interpretado como un duplicado de la realidad. Todo el saber de esta época lo probará, como resulta claramente de su vocabulario y de su trama semántica: conveniencia, emulación, analogía, simpatía, antipatía y otras. El mundo se vuelve sobre sí mismo y se repite al infinito. Es la época en la cual todo es exégesis y comentarios, descifrar escrituras ocultas en la naturaleza de las cosas. "Lo que caracteriza el conocimiento no es el ver ni el demostrar, sino el interpretar" (p. 55). Leer, descifrar y comentar al infinito la "prosa del mundo" es todo el saber de esta época signada por el concepto de la semejanza.

Como un espejo y prueba de la cultura del Renacimiento, el autor cita al Quijote, al que define como "la primera obra moderna" (p. 63). El Hidalgo de la Mancha es el héroe destinado a descubrir si las palabras, leídas en los libros de caballería del Renacimiento, corresponden verdaderamente a las cosas. Su experiencia negativa, lo que equivale a decir que las cosas se revelan en su irónica y desilusionante identidad, cierra la era del Renacimiento y preanuncia otra, radicalmente diversa.

Por discontinuidad surge ahora, bajo el signo de la representación, una nueva cultura que va de Descartes a los Ideólogos. La clave para entenderla se encuentra en un cambio de postura hacia el lenguaje, el que es inter-

pretado no ya como figura del mundo sino como pura representación, lo que implica una nueva atmósfera cultural.

El ideal al cual tiende el período clásico francés consiste en componer, mediante el lenguaje, un cuadro ordenado de representaciones. Lo que importa para la ciencia es construir una "lengua bien hecha" (p. 162), "nombrar a lo visible" (p. 148); transcribir ordenadamente la realidad en palabras. En este campo epistemológico se mueven las tres ciencias características de la época: la historia natural, la gramática general y el análisis de las riquezas.

La historia natural no es de suyo una prefiguración de la biología moderna. Se sitúa, en este período, enteramente en el espacio del lenguaje y no es sino substancialmente un uso concertado de nombres, teniendo como finalidad última dar a las cosas su verdadera denominación. La gramática general, la que no es tampoco una prefiguración de la lingüística, es "el estudio del orden verbal en su relación con la simultaneidad que ella tiene el deber de representar". Su propio objeto no es, ni el pensamiento, ni la lengua: es el discurso entendido como sucesión de signos verbales" (p. 98). Incluso la fisiocracia y el mercantilismo no significan tampoco anticipaciones de la economía moderna puesto que no tienen como objeto la producción, sino el análisis de las riquezas en su función representativa del valor.

El símbolo de esta época es un cuadro de Velázquez que Foucault describe brillantemente: *Las Meninas*, en el cual todo es representación, todo está dado en función de esa representación: el rey, las damas de honor, el pintor mismo.

Al inicio del siglo XIX se produce una nueva fractura en la historia de la cultura clásica. Dos sucesos fundamentales sacuden el saber clásico: la aparición de la Historia, así con mayúscula, que hace descubrir nuevos campos de empirismo, y el análisis trascendental kantiano que da nueva luz

al problema de la finitud del hombre. En este ambiente cultural surgen la lingüística, la biología y la economía, destinadas a dar una nueva visión del hombre. El trabajo, la vida y el lenguaje no aparecen ya como representaciones, sino como realidades profundas y misteriosas que de alguna manera dominan la vida del hombre.

Con la llegada de la lingüística, el lenguaje no es ya considerado como discurso en su función representativa, sino como una realidad autónoma, proveniente de las profundidades de la historia y que preexiste a nuestra palabra como lugar de tradición, de los hábitos del pensamiento y del espíritu oscuro de los pueblos.

Según nuestro autor, con la aparición de la anatomía comparada, el estudio de los vivientes cesa de ser una nominación de lo visible, para llegar al conocimiento de las leyes profundas de la vida. Finalmente, con el concepto de producción que sustituye al concepto clásico de cambio, se descubren nuevos objetos cognoscibles, como el concepto del capital; y nuevos métodos, como el análisis de las formas de producción.

Si a estas ciencias se agregan la etnología y el psicoanálisis a las cuales Foucault confiere un "puesto privilegiado" (p. 400), tenemos completo el cuadro de las ciencias humanas, como lo entiende el autor.

Concluyendo, lo primero que se deduce de las ciencias humanas es la radical finitud del hombre. Este es un ser dominado por el trabajo, por la vida y por el lenguaje. Su existencia concreta encuentra en ellos sus determinaciones. Se puede acceder al hombre solamente a través de sus palabras, su organismo y los objetos que fabrica. Y el hombre mismo, apenas piensa, se revela a los propios ojos como dentro de una irreductible "anterioridad": un viviente, un instrumento de producción, un vehículo de palabras que le pre-existen".

A su radical finitud, se conecta la pérdida de toda autonomía y soberanía espiritual. El hombre

está envuelto en un torbellino de sucesos que él no logra dominar, (p. 348). Aparece en las ciencias humanas como un ser empírico, radicalmente finito, dominado por fuerzas extrañas, disperso en el fluir indefinido del tiempo y circundando por la zona de sombra del inconsciente.

Mirando el itinerario recorrido, debemos reconocer que el método estructuralista posee un aspecto de verdad cuando afirma que la relación entre palabras y cosas puede ofrecer el hilo conductor para comprender la unidad del saber en una época determinada. Y tiene razón porque la relación entre las palabras y las cosas expresa el modo más fundamental con el cual obra siempre el pensamiento; y el pensamiento obra siempre igualmente en el ámbito de la misma cultura. El ejemplo más convincente que Foucault nos ofrece es respecto al período clásico francés, donde la teoría del lenguaje como pura representación nos da verdaderamente la clave para interpretar las estructuras culturales de aquella época. Pero el método estructuralista no conviene ya del mismo modo cuando establece una radical discontinuidad entre las varias estratificaciones históricas, punto de vista que, si bien rechaza al historicismo, cae en la trampa, inevitable, del relativismo cultural. La razón de tal discontinuidad que, contra toda evidencia, termina por excluir el progreso histórico, tiene su origen en la mentalidad substancialmente positivista de Michel Foucault: en el haber excluido de raíz toda problemática filosófica y haber restringido así, a nuestro juicio erróneamente, la visualización histórica de las ciencias humanas.

Por ello, el autor puede escribir esta afirmación extrañamente sorpresiva: "El hombre es una invención reciente del cual la arqueología de nuestro pensamiento muestra fácilmente el origen reciente. Y quizá el fin próximo" (p. 414). En realidad, la precariedad de las estructuras históricas, que el autor nos ha descrito, depende de no haber atendido a

toda la profundidad espiritual del hombre y de la historia, accesible solamente a la dimensión metafísica.

En cuanto al estructuralismo, que constituye el trasfondo, Foucault da esta magra definición: "El estructuralismo no es un método nuevo; es la conciencia despierta e inquieta del Saber moderno" (p. 228).

Ahora bien, por **Saber moderno** el autor entiende solamente a las ciencias humanas, que describen lo empírico en el hombre. Estas ciencias, ciertamente, han profundizado nuestro conocimiento empírico del hombre, pero no pueden, en modo alguno, presumir de haber agotado semejante conocimiento. Con el impulso del deseo innato de conocer, la búsqueda humana no puede limitarse a lo empírico, sino que percibe la exigencia a descubrir las razones últimas.

**Alfredo Montemayor, S. J.**

**"THE INTERNATIONAL MONETARY SYSTEM AND THE DEVELOPING NATIONS"**

Leipzig, Danny M., Ed.

Agency for International Development.

Bureau for Program and Policy Coordination,

Washington, D. C., 1976.

El sistema monetario internacional ha sufrido cambios fundamentales en los últimos años, siendo indispensable su análisis desde la perspectiva de los países en desarrollo. Precisamente con estas miras la Agencia Internacional para el Desarrollo, patrocinó una Conferencia sobre el Sistema Financiero Internacional y Asuntos de Interés para las Naciones en Desarrollo, llevado a cabo en Junio de 1975. Los aportes de este evento se ven plasmados en este libro, que contiene las ponencias presentadas, así como los comentarios y discusión en torno a ellas. Tres son los importantes temas en torno a los cuales giran los artículos presentados en este libro: la política cambiaria, el manejo de las reservas internacionales, y el problema de las transferencias internacionales y

del ajuste en los países en desarrollo.

Nos encontramos en un nuevo mundo de tipos de cambio flotantes para los países desarrollados, y encontrar óptimas políticas cambiarias y de reservas internacionales dentro de este medio representa una preocupación fundamental para los países en desarrollo. Muchos señalan que una mayor variabilidad en el tipo de cambio tiende a agravar las dificultades financieras de los países subdesarrollados, y la flotación de las tasas a las que los países en desarrollo fijan su propio tipo de cambio constituye un factor más que incrementa su variabilidad. Es dentro de este marco que Stanley Black se refiere a aspectos de política cambiaria, mientras que John Williamson analiza el comportamiento de las reservas internacionales.

El artículo de S. Black consta de tres partes. En la primera de ellas se revisa la teoría y estructura institucional de los mercados cambiario y monetario en los países desarrollados. Los mismos mercados en los países subdesarrollados son analizados luego, y se modifica la teoría para adaptarla a las características especiales de estos países. En la segunda parte se analizan las implicaciones macroeconómicas de las diferentes políticas cambiarias por parte de los países subdesarrollados. Se desarrollan fórmulas para el cálculo de tasas de cambio efectivas y se exponen las ventajas del Modelo de Tasa de Cambio Multilateral del FMI.

En la tercera parte del estudio, se combina el análisis institucional de la primera parte con el análisis macroeconómico de la segunda, en un marco de beneficios-costos. Este marco es usado para discutir las políticas específicas analizadas en la segunda parte, así como diversas políticas financieras alternativas, tales como el desarrollo de mercados a futuro, la diversificación de la deuda y de los servicios, los préstamos versus el ajuste a la situación petrolera, etc. Por último, se discuten los efectos de políticas cambiarias alternativas en

cient países subdesarrollados, durante el período 1970-1974, llegando a la conclusión de que los países han experimentado una mayor variabilidad en su tipo de cambio desde que los países desarrollados adoptaron un régimen de tipos de cambio flotantes. Esta conclusión, si bien compartida por muchos, es cuestionada por William Cline

S. Black explora los importantes aspectos a considerar al diseñar la política cambiaria, entre los que destacan la estructura de los mercados monetario y cambiario existentes, el ámbito geográfico y la elasticidad precio del comercio exterior, y los tipos de perturbaciones que más significativamente afectan a la economía. Señala que la posibilidad de éxito de una política de tipo de cambio flotante depende del desarrollo de una adecuada estructura de mercados financieros domésticos integrados a los mercados internacionales, así como del deseo del gobierno de dejar operar al mercado cambiario en un contexto al menos relativamente libre. Uno de los principales mensajes del artículo es que, para tener un tipo de cambio flotante, nuestra divisa ha de ser convertible; convertibilidad que requiere la ausencia de controles cambiarios y de restricciones sobre las tasas de interés.

La ponencia de S. Black sirve como un útil resumen analítico en relación a la estabilidad de los mercados ante una serie de perturbaciones. Concluye que los países en desarrollo estarían, por lo general, en mejor situación con un régimen de tipo de cambio fijo cuando las perturbaciones son internas, y con un tipo de cambio flotante cuando se enfrentan a perturbaciones externas. Black pone énfasis en el "trade-off" entre los costos en recursos para mantener un régimen cambiario y la variabilidad en el nivel interno de precios asociados con él. Por otro lado, W. Cline considera al imperativo de contar con determinados niveles de importaciones como un objetivo de mayor importancia frente al objetivo de la estabilidad de precios.